

# Las posibilidades de una isla

**En el festival de La Bâtie, La Ribot, coreógrafa inclasificable, reinventa el fantasmagórico universo de Madeira en *Happy island*, con una compañía de danza inclusiva.**

Cécile Dalla Torre, *Le Courrier*, 30.08.2018

Su estudio de la Coulouvrenière, en Ginebra, era el único del edificio con pilares que impedían disfrutar de un espacio diáfano. Nadie lo quería. La Ribot lo hizo suyo y le gusta así, diferente; no lo cambiaría por nada del mundo. Pero no fue en ese estudio donde creó *Happy island*, una de las principales piezas del festival de La Bâtie, que aborda precisamente el tema de la alteridad.

*Happy island* es la historia de una isla, Madeira, donde hace quince años se empezó a soñar con una danza con cuerpos diferentes. Cuerpos que no encajarían en el canon del ballet, algunos de ellos con síndrome de Down, discapacidades motrices, ceguera, sordera, autismo, Alzheimer, etc.

## Un fauno a lo Westwood

Bajo la dirección de Henrique Amoedo, la compañía portuguesa Dançando com a Diferença lucha porque se respeten los derechos de sus bailarines, principalmente el de cobrar cuando actúan. “Es una pelea terrible; hasta entonces, esa condición de discapacitados la perdían al subirse al escenario. [Henrique] es un poco un Noé que les ha devuelto a todos la vida y la autonomía”, afirma entusiasta La Ribot, que no dudó en lanzarse a la aventura cuando Amoedo la invitó a crear una pieza para los intérpretes de su compañía. Finalmente, la pieza la han coproducido, entre otros, la compañía de La Ribot, el Théâtre du Grütli y el festival de La Bâtie. “Es una locura estupenda, como cada nueva creación”, afirma con encantadora grandilocuencia. “Me enamoré de la isla, de su gente, de todo. Me emocionaron la compañía y la situación de Madeira”.

Toda la acción se desarrolla en el Fanal, “ese bosque milenario en el que la erosión, la humedad y los árboles torcidos forman el decorado más maravilloso del mundo”. Cinco personajes de lo más heterogéneo, entre ellos un “fauno moderno a lo Vivienne Westwood” o una bella durmiente con bragas plateadas, aparecen en dicho decorado como salidos de un cuadro de Bruegel. “Una pieza barroca, muy intensa, que escenifica la realidad de sus sueños y de sus deseos”. Una pieza en la que, precisamente, se baila la diferencia.

## Entre risas y lágrimas

De fondo se proyecta una película de la cineasta portuguesa Raquel Freire, en la que aparecen la treintena de miembros de la compañía. La película, rodada íntegramente en ese bosque de laureles y espesa niebla, aprovecha ese universo tan particular que generan los días sin sol. “Es absolutamente fantástica, en ambos sentidos de la palabra. Es una película que invade la retina”, afirma.

La Ribot fue a Madeira a conocer a los bailarines en junio de 2017. Volvió con el corazón encogido, entre risas y lágrimas, y con una idea para el título: *Happy island*. “A partir de aquel título, que se me ocurrió a la vuelta, todo empezó a cobrar sentido; un título irónico, o más bien paradójico”. Volvió a Madeira varias veces entre noviembre y mayo, cuando se estrenó la pieza en el teatro de la ciudad, el Mudas, que es también museo de arte contemporáneo.

*Happy island* es una reflexión sobre la isla y el aislamiento, “un aislamiento que puede ser aún mayor cuando tienes síndrome de Down”, explica la coreógrafa madrileña afincada en Ginebra. La Ribot, María Ribot, creadora intuitiva y genial, escuchó también los deseos de sus cinco intérpretes, para los que compuso solos.

# La inteligencia de los cuerpos

“Trabajé con sus fantasías, sus sueños. En este espectáculo hay mucho de ellos, aunque también haya buena parte de mí. Ensayamos con temas eróticos; podían pasarse dos o tres horas improvisando, hiperconcentrados, con una inteligencia escénica absoluta”.

La Ribot nos cuenta, emocionada, cómo nació el solo de Maria, que abre la pieza con un maillot de lycra con estampado de piel de serpiente. “Maria llegó al estudio, donde desarrollábamos la pieza, en silla de ruedas, y se tomó sus diez minutos para tenderse en el suelo, de forma poética, ella sola, magnífica, completamente autónoma”. En aquel momento, La Ribot supo que *Happy island* empezaría con aquel solo. “Para mí, la danza empezó a ser danza cuando se tocó el suelo, es decir, en el siglo XX. El suelo, plástico, inofensivo, da horizontalidad a las disciplinas y es también punto de partida. Maria, de repente, reflejó mi forma de pensar. Me impactó muchísimo”.

Siguiendo la línea de su pieza *40 espontáneos*, creada en 2004 con bailarines aficionados, La Ribot ha seguido cuestionando la percepción del otro. “Todos tenemos un cuerpo inteligente, oculto por códigos, miedos, deseos. Había que reencontrarse con ese cuerpo. En aquella época creía haber dado con lo fundamental, pero con *Happy Island* he tenido que pulir aún más mis ideas”.

“En los problemas es donde se descubren las posibilidades, precisamente. Con el Ballet de Lorraine y sus magníficos bailarines trabajé de idéntica forma. Tenía que comunicarme con ellos y crear una pieza en un tiempo establecido. La búsqueda es la misma con los cuerpos clásicos, ya sean aficionados o miembros de mi compañía”. “¿Dónde reside la inteligencia del cuerpo para hablar, para decir algo sobre el escenario?”, pregunta La Ribot. La respuesta caerá por su propio peso a partir del miércoles.